

LOS SUCESOS

Suscripción en toda España, 5 pesetas al año. Idem en el extranjero, 8 fr.



Toda la correspondencia debe dirigirse al Apartado de Correos 347.



El capitán ruso Korteich, acusado de espionaje y encarcelado en Alemania.

El número de víctimas de la aviación aumenta sin cesar.

Ya sea en monoplano, biplano ó dirigible, las desgracias se suceden con harta frecuencia, desgraciadamente.

Pocos días hace, Mr. Melvin Vaniman hacía su tercer ensayo en Atlantic City, Nueva York, en un dirigible Akron, sobre el cual pensaba hacer la travesía del Atlántico.

A las seis y cuarto de la mañana, Vaniman, su hermano y tres tripulantes más, se elevaban en el Akron, en presencia de numeroso público, y evolucionaba en la bahía á una altura de treinta metros.

La temperatura subió de repente, y el globo se remontó á más de trescientos metros de altura, sin que los tripulantes pudieran evitar la rápida ascensión.

Fué un momento de angustia; el globo reventó, y se vió rodeado de llamas y espeso humo amarillento.

La barquilla, con sus cinco toneladas de petróleo, tres máquinas y cinco pasajeros, sin sostén alguno, cayó rápidamente en el agua, donde encontraron la muerte los intrépidos tripulantes.

La señora del piloto, que presenciaba las evoluciones, sufrió un fuerte síncope, del que tardó largo tiempo en volver en sí.

Se ignora la verdadera causa del desastre.

El piloto, señor Vaniman, poco antes de hacer la ascensión, había es-



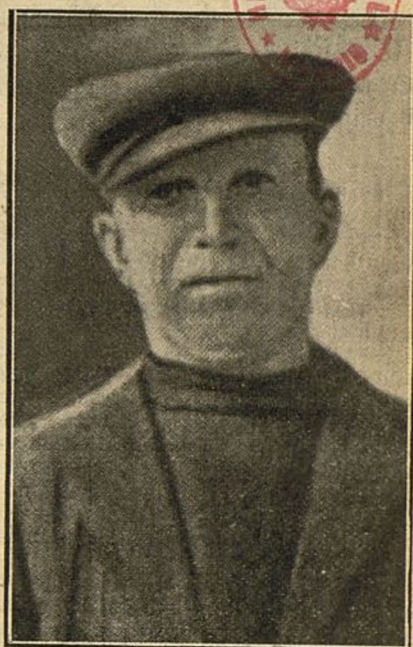
Miss Harriet Quimby, aviadora que, volando con un pasajero, cayó al mar, muriendo ambos.

tado leyendo la noticia de la muerte de la simpática y linda aviadora la señorita Hamiet Quimby.

Era esta inteligente aviadora una periodista norteamericana, colaboradora de muchas revistas, y muy conocida en América.

Su juventud, su belleza, su talento, le habían hecho simpática á cuantos la trataron.

Nuestros lectores saben, pues de ello dimos cuenta debidamente, que la joven aviadora tenía veintiséis años, era la primera mujer que ha-



El aeronauta Melvin Vaniman, cuyo dirigible se quemó pereciendo él con otros cuatro tripulantes.

bía atravesado el Canal de la Mancha en aeroplano, desde el puerto inglés de Douvres al francés de Haude-
lot.

Hace unos días, hizo unos vuelos en Massachusset (Estados Unidos), llevando consigo en el aeroplano al señor Villard, conocido *sportman*, joven de treinta y tres años.

Hallándose á una altura de unos trescientos treinta metros, y al hacer un vuelo planeado, el aparato dió una vuelta y cayó vertiginosamente sobre las aguas cenagosas de la orilla, quedando muertos en el acto aviadora y pasajero.

Los Gobiernos europeos ven huéspedes en los dedos.

Todo alemán es espía en Francia; todo ruso, espía en Alemania.

No hace mucho, el capitán ruso Korteich, cuyo retrato damos en estas columnas, fué cogido en Alemania, y, acusado de espionaje, fué encarcelado.

El incidente ha sido muy comentado en el mundo entero, y más aún, en Rusia y Alemania.

El Gobierno del Zar pide que inmediatamente se le ponga en libertad, pues asegura que el capitán no es espía, y el Gobierno alemán se niega á ello, y persiste en que es un espía.

Parece ser, sin embargo, que este desagradable incidente terminará pronto, poniendo en libertad al capitán Korteich.



Fabricación de trozos de trufas con paño negro.

Los fraudes en los alimentos

Los higienistas se han ocupado con frecuencia de la falsificación de los alimentos.

Esta información va dedicada á esos fraudes, y, aunque exagerada no deja de tener un gran fondo de verdad.



Pavo trufado excelente, sin pavo ni trufas.

Me preparaba á comer en un magnífico y elegante restaurant, cuando vi que entraba un señor ya de edad, notable químico, que se acercó á mi mesa y se sentó junto á mí.

—¡Qué cara más risueña, ilustre químico!

—¿No ve usted que asisto á una comedia—me respondió—, la comedia de los alimentos? Estos, pintados, disfrazados, representan diferentes papeles. Los camareros hacen de empresarios. El primer acto se representa en la fábrica, el segundo en la cocina, el tercero en el estómago, y, al final, se quitan su máscara.

Yo me divierto mucho, porque conozco la farsa; ninguno de esos manjares es lo que representa. Vea usted.

Cogió un recipiente donde decía: "Pimienta en grano". tomó uno de ellos, echó una gota de agua en un plato, y puso encima el grano de pimienta, que se deshizo en seguida.

—Ya comprenderá usted—me dijo—que la pimienta natural no es soluble en el agua.

—Pues ¿qué es esto?

—Pues tierra, arcilla, talco, polvo de hueso de dátil, harina, cañamones, espino negro y un poco de goma para hacer el conglomerado.

Pues ahora verá usted la sal.

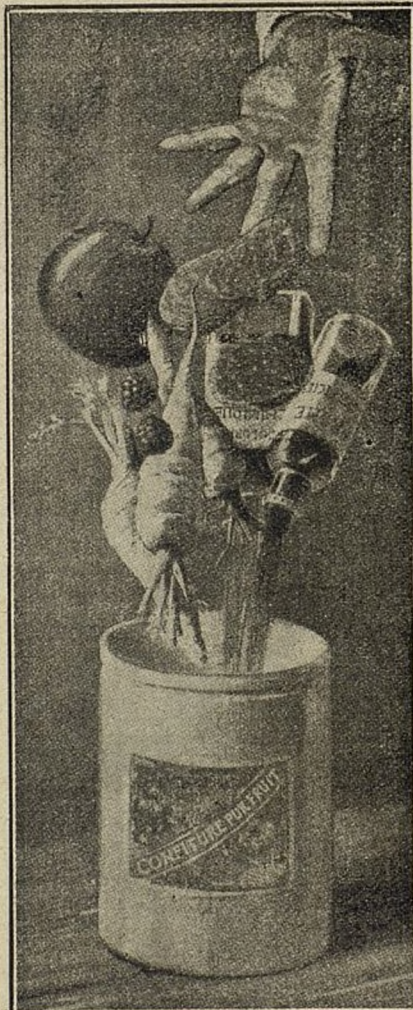
Echó del salero un poco de su contenido en el agua, y no se disolvió.

—Vea qué cosa más rara: la pimienta se disuelve en el agua y la sal no, y es que esta sal, en lugar de ser cloruro de sodio, es una mezcla de yeso y magnesia.

Se sirvió un poco de vino, y mojó en él una miga de pan.

—Esta miga, espolvoreada por el vino—añadió—, si la meto en el agua, no debe dar color á ésta sino al cabo de veinte minutos.

No hizo más que meterla en el



Dulce de frambuesa hecho con nabos y drogas.

crystalino líquido, é inmediatamente se puso rojo.

—¿Por qué es eso?—pregunté asombrado.

—Porque eso es alheña, remolacha, malva, fitolaca, fécula de Fisme, rica en alumbre, fuchina, indigo, campeche, ácido salicílico, sulfato de potasa, vitriolo, yeso y agua corriente.

—Yo no bebo eso—exclamé—, beberé cerveza, que hay muy buenas marcas.

—Las conozco y son la excepción, pero la inmensa mayoría de las cervezas contienen beleño, veneno que mató al padre de Hamlet. Contienen,

además, adormideras, naftol, boj para darle el amargo, áloe, hiel de vaca y algunas otras cosillas más.

—Bebamos sidra, entonces; jugo de manzanas.

—¡Manzanas, manzanas! Esta sidra está hecha con manzanas, como la cerveza esa con lúpulo. Lo que llaman sidra, no es, la mayor parte de las veces, sino una mezcla de potasa, litargo, ácido salicílico y acetato de plomo.

Ahora, venga el menú, y examinemos los personajes de la comedia.

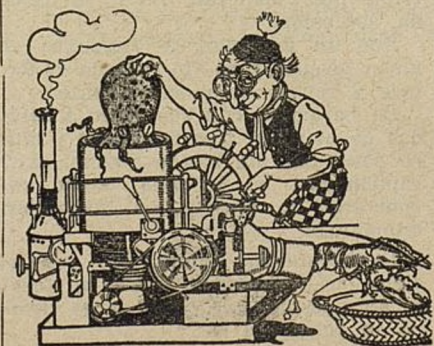
Vea usted. Entremeses. Estos son los personajes del prólogo.

Sardinás en conserva, del Cantábrico: cartón enmascarado de sardina; salchichón: carne de caballo, de burro y de perro, mezclado con grasas; crestas de gallo: paladar de buey; pepinillos: trozos de calabaza, sulfato de hierro y ácido acético.

—Tomaremos unos pececillos fritos—dije yo.

—Esa pitanza es inofensiva, pero debe usted saber que están hechos con colas del bacalao que se inutiliza para comerlo fresco. Podemos también pedir unos filetes de lenguado, pero nos servirán platija con el nombre de lenguado. Ahora, si quiere usted una ensalada de langosta, verá qué bien disfrazado se presenta el pulpo, mezclado con un poquito de cangrejo de mar. ¡Cosa exquisita!

En aquella mesa se chupan los dedos de gusto comiendo faisán. Mentira, no hay tal. ¿Sabe usted lo que comen? Pues un gallo viejo y duro, que, después de desplumado, lo han metido en una caja, en compañía de un par de palomas pasadas. Allí encerrado, se ha impregnado del olor-



Pulpo convertido en sabrosa langosta.



Huevos frescos de fabricación química.

cillo, se ha ablandado á fuerza de días, y cátafo faisán. Pues ¿y esos pedacitos redondos de trufa que adornan el plato? Si son patatas ennegrecidas, bueno va; pero muchas veces son discos de paño negro, hechos á sacabocados.

—¡Vaya, vaya!—dije entonces—. Tomaré unos huevos pasados por agua y una tajada de carne de vaca.

—Tiene usted razón, yo haré lo mismo; pueda ser que se dé la feliz coincidencia que los huevos lo sean, en efecto. Eso suele suceder de vez en cuando, pero hay que desconfiar, porque, con una mezcla de yeso, óxido de hierro, hacen unas cáscaras admirables, que se rellenan de una clara especial, compuesta de azufre, carbono, grasa de los maderos y goma, y una yema hecha con sangre, magnesia, fosfato de cal, muriato de amoníaco, margarina y



Achicoria, bellotas, raíces, etc., hacen un rico y oloroso Moka.

amarillo cromo que quita el sentido.

—A ese paso, no podremos alimentarnos sino con pan—exclamé compungido—, y me metí un pedazo en la boca.

Cual nuevo doctor Pedro Recio de Tirteafuera, extendió el químico la mano y me dijo:

—¡No haga tal! Coma usted cualquier otra cosa; mantequilla, por ejemplo, que está hecha con patata machacada, greda, sebo, alumbre, bórax, acetato y cromato de plomo, blanco de barita, azafrán y aceite de algodón; como, si quiere, caracoles, que son mondas de patata, mostaza, ajo, vinagre y pírta; pero, por Dios y por todos los santos, no coma ese pan. ¿Sabe usted lo que la química encuentra entre la masa del pan? Huesos molidos, piedras pulverizadas, alumbre, yeso, arena, greda, carbonato de sosa, sulfato de zinc, porcelana, ceniza y vidrio machacado.

—Tomemos un postre, un dulce de fruta, una mermelada.

—¡Dulces! ¿Sabe usted lo que es la jalea de grosellas, por ejemplo? Pues gelatina, glucosa, un poco de esencia, una materia colorante y ácido salicílico, que, gracias á su poderosa virtud antiséptica, se conservan mucho tiempo; pero, en cambio, si usted quiere, tomaremos café. Ya sabrá lo que es eso, pues en la comedia de los alimentos le dan esa denominación á la harina de bellota mezclada con arcilla plástica, á veces con pedacitos de higo, y siempre con azúcar quemada.

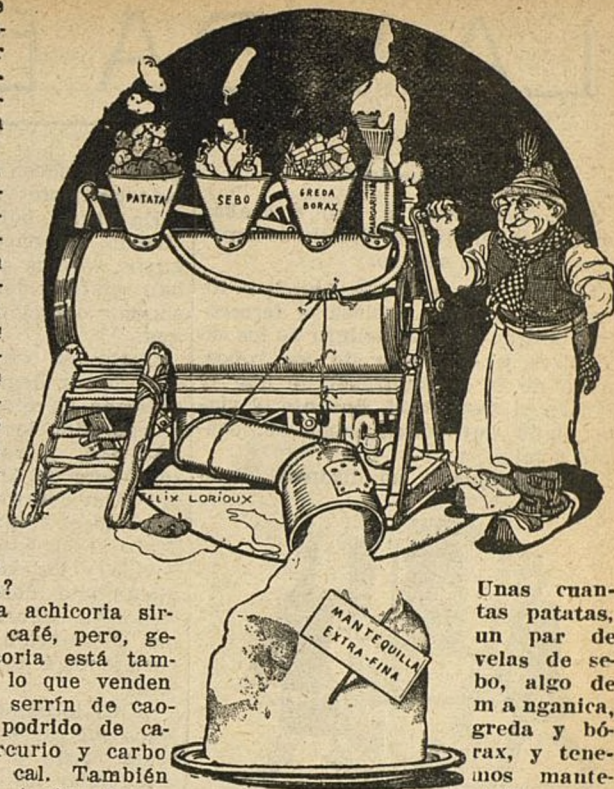
—¿Y qué me dice usted de la achicoria?

—Es verdad que la achicoria sirve para falsificar el café, pero, generalmente, la achicoria está también falsificada, pues lo que venden como tal no es sino serrín de caoba, tanino ó hígado podrido de caballo, sulfato de mercurio y carbonato ferruginoso de cal. También puede falsificarse sin tantos ingredientes; por ejemplo, con pan tostado y guisantes torrefactos.

—Créame usted, amigo mío—continuó diciéndome el químico—; no comemos nada de lo que creemos comer; todo está falsificado. Dude de todo lo que se vende. Aun del amor. El amor vendido no es amor, es apetito; el pan que pagamos es yeso; el vino es fuchina. Sazonamos los manjares con sal que no es sino greda. Cuando creemos saborear una taza de té de China ó de Ceylán, sorbemos una infusión de hojas de chopo y de saúco. Sobre nuestras



Exquisita langosta que no tiene del sabroso crustáceo más que la envoltura.



Unas cuantas patatas, un par de velas de sebo, algo de manganica, greda y bórax, y tenemos mantequilla extra

medias tostadas extendemos una materia que representa el papel de manteca de vaca, pero que no tiene nada de manteca ni de vaca, sino una mezcla infame de mil ingredientes. Sin darnos cuenta, y creyendo que comemos platos deliciosos y bebemos exquisitos licores y aguardientes, engullimos, tan complacidos, recortes de hilo, ácido sulfúrico, jabón, plomo, cobre, acónito, quina, corteza de castaño de Indias pulverizada, virutas de palo de sándalo, etc., etc.

—Y, sin embargo—repliqué yo—, vivimos. Mire usted esos qué satisfechos están después de haber comido tanta porquería.

—Mi amigo el químico, replicó:

—El hombre es una cosa notable, una máquina especial; sobrevive á todos estos venenos. Usted habrá leído que el organismo se sostiene por absorber tres clases de cuerpos: los albuminoides, los hidrocarburos y las grasas. Eso es un cuento tártaro, mi querido amigo. Hoy día nos nutrimos con piedras calcáreas, carbonatos, sulfatos, arcilla; es decir, silicato de albúmina y sales metálicas, cáscaras de árboles y hierbas que los rumiantes desprecian.

—No sé cómo vivimos.

—Engullimos una porción de venenos, en particular muchos alcaloides, peligrosísimos para el corazón.

—¿Cómo no morimos?

—En la antigüedad hubo un rey que, de miedo á que le envenenaran, se hizo inmune tomando venenos. Créame, amigo mío, el patrón de los golosos no es Lúculo, ni Bríllat Jaravín; es Mitrídates.

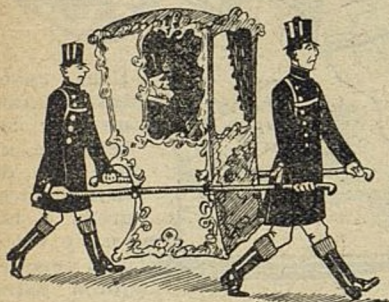
LA VIDA EN BROMA

Crónica pedestre.

Definitivamente va uno á acabar por no saber qué medio de locomoción es el más seguro.

Desde luego hay que desear todos los modernos, incluso el ferrocarril, porque tiene el peligro de los accidentes y el riesgo de los robos, amén de la probabilidad de que le den en el restaurant, durante el viaje, algún duro falso, como me ocurrió á mí.

¡Del aeroplano, no digamos! Raro



es el día que no registra la crónica una catástrofe de esas que le ponen á uno los pelos como las aletas de las hélices.

Y en cuanto al automóvil, llenas están las columnas de los periódicos de accidentes cruentos producidos por vuelcos, choques, maniobras falsas y excesos de velocidad.

Quedaban como elementos de locomoción cómoda, barata y tranquila, los tranvías, y... ¡nuestro gozo en un

pozo! En pocos días se ha desacreditado completa y radicalmente.

En varias poblaciones, entre ellas Madrid, han encontrado la muerte algunos vecinos pacíficos que empleaban confiadamente el tranvía como sucesor obligado de la carreta antigua.

Cualquier viajero podía, todo lo más, haber llegado á suponer que le quitaran el reloj ó la cartera, ó que el cobrador le diera una mala contestación, ¡pero que un "cangrejo" se saliera de la vía y matara á los que iban dentro! ¡Eso, jamás!...

Luego el tranvía, lo mismo en Madrid que en San Sebastián, y que en Sevilla y Valencia, ha quedado completamente desacreditado como locomoción segura, y, desde luego, como locomoción barata en Madrid, porque está tan cara como la mojama.

¿Qué locomoción nos queda, pues, á los que carecemos de recursos para tener coche propio?... ¿Cómo debemos viajar los que sentimos amor á la vida?...

Yo creo que en esto debemos sentirnos cangrejos y volver á la locomoción primitiva, ¡á la litera y á la carreta!... ¿Que son dos medios de transporte lentos? ¡No lo niego! Pero ¿y nuestras costillas?... ¿No valen ese insignificante sacrificio de tiempo, aquí donde estamos acostumbrados á perder el tiempo con Maura y Moret?

¡Y todavía esta semana nos sale un nuevo parlamentario! ¡Un señor Alcalá Zamora!... ¡Le digo á usted que no gana uno para sustos!...

Ahora bien; ¿qué nos importará á los españoles llegar tarde á todas partes, si no podemos adelantar el siglo y medio que llevamos de retraso?...

Siglo y medio, en ideas, porque, en deudas, el retraso es mayor.

¿Por qué hemos de poner nuestras vidas en manos de esas Compañías de locomoción, que nos tratan como fardos ó muestras sin valor?...

Hago estas ligeras observaciones



para que mis lectores no abusen de ninguno de los medios de locomoción modernos, y para que, en caso de querer hacer uso de cualquiera de ellos, aunque no sea más que el tranvía de la Fuentecilla, se despidan provisionalmente de la familia y dejen arreglados sus papeles.

Porque ya va siendo más peligroso ser viajero del tranvía que matador de toros.

F. ROIG BATALLER

Los regalos de la Prensa.

Mi querido Pío Graco: estoy, por muchas razones, en un mar de confusiones y hecho un verdadero taco.

Y te pido tu consejo para salir de este lío, ya que eres, amigo mío, periodista y gato viejo.

Ahora, todos los papeles, para buscarse lectores, brindan á sus suscriptores premios, regalos y hoteles.

Y extremando las ventajas hay quien ofrece al lector hasta muebles de valor, automóviles y alhajas.

Y sé que los hay también tan ricos y exagerados,

¡que hasta dan fotograbados! ¡Y que, á veces, salen bien!!

Pero entre tantos cupones y regalos, yo te digo que estoy ya, querido amigo... ¡en un mar de confusiones!

Por eso, á decirme vas, á fin de obrar á sabiendas, qué diario me recomiendas, por ser, ¡claro!, el que dé más.

¡No incurra yo en la locura, por incauto, torpe y ciego, de abonarme á uno, y luego que no dé más que lectura!

Entérate, y me lo oficias; no me suscriba, y después de dar seis reales al mes, ¡no me den más que noticias!

El tiempo no te escatimo. Estudia bien el asunto.

¡Mira tú que, en este punto, sentiría mucho un timo!

Avisa si, por fortuna, hay alguno que—¡oh, alegría!—, dé tres comidas al día... ¡Yo me contento con una!

Entretanto, mi sincero parabién por lo que implica ser de una Prensa tan rica y que así gasta el dinero.

Porque si da á sus lectores esos lotes fabulosos, ¡qué sueldos tan decorosos no dará á sus redactores!

Hazme, pues, ese favor, que es, por cierto, bien pequeño, y te envidio, sí, señor... ¡¡Qué suerte ser redactor de un diario madrileño!...

FEDERICO HERRERA



INFALIBLE Y

Para someter lo mismo á distancia una persona al capricho de vuestra voluntad, pedid al Sr. M. STEFAN, Boulevard St-Marcel, 72, París, su libro Fuerzas desconocidas que os enviaré GRATIS.

SERIO



En busca de marido

Divirtiéndose más y más de día en día,
Nuestra viuda en París muy contenta seguía;
A todas, todas partes no dejaba de ir,
En cuanto supusiese se iba á divertir.

Dijeron á la viuda que fuera á presenciar
El duelo entre dos hombres que se iban á matar
Por su amor; ella acude, ve aquella pantomima
Y sospecha la farsa; al grupo se aproxima.

Ve los protagonistas, las armas, los testigos,
Los rivales enfrente, los médicos y amigos.
Rápida la viudita al grupo se abalanza,
Y al aire, con gran fuerza, monedas de oro lanza.



Con algunas amigas, de la parranda amantes,
Asistió á alegre baile de artistas y estudiantes,
En donde su presencia, á más de admiración,
Despertó amor y celos, codicia y ambición.

Entre los que á la viuda requiebraron de amores
Había dos hermanos gemelos, dos pintores.
Como artistas muy malos; más que malos, fata'es;
Sin porvenir alguno, con trampas, sin dos reales.

Era Gastón el uno; el otro era Gontrán,
Y entre ambos maquinaron este bonito plan:
Declararse á la viuda, luego fingir un duelo,
Tirar sólo con pólvora, caer los dos al suelo.

Hacerlo ante la viuda; ver qué fingido herido
Era de la viudita el mozo preferido,
Casarse éste con ella, más con la obligación
De pasar al soltero una buena pensión.

Todos, con avidez, se echan á la rapia;
Ya no es aquello un duelo, es una vulgar riña.
Y la viudita exclama, riendo en buen humor:
Buscabais mi dinero; no buscabais mi amor.

FERS



EL MISTERIO del tren ESPECIAL

NOVELA ADAPTADA DEL INGLÉS EXPRESAMENTE PARA "LOS SUCESOS"

—¿Y si no aceptase?—preguntó el galeno.

El príncipe no supo qué contestar al principio; pero en seguida exclamó:

—No supongamos semejante cosa. No es nada agradable hacer cierta clase de suposiciones; no creo que su intención de usted, mi querido doctor, sea rechazar tal proposición.

—Si he de ser franco—contestó el médico—ni por un momento he pensado no aceptarla; pero ya que yo soy franco, séalo usted conmigo, y conteste á mi pregunta.

—¿Y si yo no aceptase?

—Pues el asunto quedaría arreglado de la misma forma—contestó el príncipe.

—¿Cómo?

—Pues que no saldría usted de estos cuartos durante dos meses.

El médico soltó la carcajada, y exclamó:

—¿Qué cosas más raras me pasan á mí. El otro día, por nada casi, el inspector Jacks me dió trescientas pesetas, y me convidó á comer en el mejor restaurant de Londres, y ahora...

—El inspector Jacks—interrumpió el príncipe—no tiene dinero suficiente para pagar sus servicios al doctor Whiles.

—¿De manera que estoy prisionero, á lo que parece?

—Prisionero mío, sí, señor. ¿A qué hora almuerza usted?

—Príncipe, si he de decir la verdad, no tengo hora fija. Almuerzo cuando tengo qué. Por de pronto, a hora presente, me parece una hora muy á propósito para cumplir ese menester.

El príncipe se levantó.

—Ahora vendrá un criado—dijo—á ponerse á sus órdenes. Pida lo que guste. Tengo un cocinero que tiene fama en Londres, y le aseguro que no le matará de hambre. Además, haga usted una lista de los periódicos, ilustraciones, revistas y libros que desee, que todos se le traerán.

—¿Y el examen ese? ¿No le reviso á usted?—preguntó el médico.

—Como yo le he de ver á usted todos los días, cuando lo necesite, se lo diré—replicó el príncipe—. Hay más días que longanizas.

Se despidió amablemente del médico, y se fué.

El doctor se tumbó, arrellenándose en cómoda butaca de cuero, y lanzó una palabrota, que en su laceramiento era toda una novela.

CAPITULO XXIV

Sale el sol por el Oriente.

Cuando menos japonés parecía el príncipe Maiyo, era al lado de un compatriota; suyo; al lado de su excelencia al barón Hesho, el contraste de facciones y expresión era tan grande, que no parecía que los dos hombres fueran de la misma raza.

Tenía el barón Hesho pómulos altos y salientes, color amarillo, pelo basto y muy negro y llevaba gafas de oro de grandes cristales redondos, al través de los cuales se veían dos ojillos oblicuos y vivarachos.

El príncipe fumando un cigarrillo y mirando con amable sonrisa cómo se desvanecían las bocanadas de humo, más bien tenía tipo de italiano ó de español que de asiático. Su cabeza tenía forma europea, de latino. Su porte, su graciosa manera de andar, los había heredado de su madre, una de las mujeres más graciosas en el andar, que se habían visto en Inglaterra.

Entre estos dos hombres, tan distintos en su exterior, existía una gran simpatía. Sin embargo, se veían con poca frecuencia.

—De manera, príncipe, que pronto nos quedamos con usted—preguntó el barón.

—En efecto, muy pronto—contestó el príncipe—. La semana que viene me voy á Devenham, donde me encontraré con el presidente del Consejo de ministros y con Sir Edward Bransome. Allí me despediré, y poco después me embarcaré para la patria. Ya he hecho todo lo que tenía que hacer, de manera que mi estancia aquí no tiene ya objeto.

—Nos hemos visto muy poco esta última temporada, mi querido príncipe. ¿Y su manera de pensar ha cambiado?

—Ni ha cambiado ni cambiará, amigo Hesho. Creo que lo puedo afirmar.

—¿Qué mesecitos estos últimos!... Barón: han sido buenos, buenos. He visto varias de esas cosas de que se oyen hablar en Japón, y que nos han maravillado por el misterio. He estado en Alemania, he estudiado su ejército, le he visto maniobrar. He hablado con los oficiales é interrogado á los soldados. Además he asistido á algunos de sus grandes mítines socialistas. Les he oído hablar de su patria, de su emperador y de lo que sería de sus oficiales si llegara á estallar una guerra.

Calló un momento, encendió otro cigarrillo y continuó diciendo:

—También he visto hacer ejer-

cios y tiros al blanco á la Artillería francesa; he vivido en el palacio del presidente, y he tratado de indagar la actitud peculiar que esta nación ha de adoptar con nosotros. Es más; he visitado de incógnito San Petersburgo y he tratado de estudiar los recursos de vida de Rusia.

Regresé aquí para ver la gran revista de Solent. He visto los mejores buques del mundo, manejados por la mejor disciplina naval conocida. Después, he explorado el interior del país como ninguno de nuestro país lo ha estudiado, y no por ver las fábricas y las industrias, sino para conocer al pueblo mismo.

—No pregunto nada—contestó el barón—. Puesto que es el deseo del emperador; váyase usted. ¿Y qué? ¿Ha sacado algo en limpio?

—Sí—replicó el príncipe—y no es un secreto, y usted ya sabe algo de eso. Dentro de poco tiempo dejaré de ser popular y hasta su misma situación, barón, se hará un poco difícil.

Veo las cosas claras; podrá ser dentro de dos años, quizá dentro de tres; pero la tormenta está formada y tiene que estallar.

—Hace unos días—replicó el barón—el capitán Koki y los otros agregados cenaron conmigo y expusimos un plan de campaña. Le aseguro á usted que sería cosa de tres semanas. El príncipe se rió lleno de satisfacción, y añadió:

—Tiene usted razón; yo mismo he visitado el terreno, y creo que se haría en menos tiempo. Ya ve usted los periódicos lo que dicen. Creo, mejor dicho, estoy seguro de que éstos no sienten el patriotismo como nosotros; pero machacando pueden hacer algo, á fuerza de dar con el eslabón, puede saltar la chispa. Las naciones caen, desaparecen, otras nuevas surgen. Créame, barón, hay una verdad, y esta es que nuestra querida nación y su enemiga del otro lado del Pacífico, han de luchar un día tremenda contienda por obtener la supremacía del mundo.

—No habrá guerra—dijo Hesho—como no venga otro nuevo profeta. El veneno del dinero les chupa toda la sangre de sus cuerpos. El país se corrompe de día en día. Las voces de sus hijos son las voces de la torre de Babel. Si entre ellos renace un hombre fuerte, la guerra será la más temible que el mundo ha conocido; pero ni aun así es dudoso el resultado. La victoria será nuestra. Cuando el universo quede para ellos y nosotros, nuestros hijos serán los que gobiernen. Escúcheme príncipe.

—Escucho, Hesho.

El barón bajó la voz y continuó: —Voy á hablar de otra cosa. Dentro de poco va usted á casa del du-

que. Allí se encontraba con los jefes del gobierno de este país. Al salir de él todo quedará hecho; pero el regreso ¿es seguro? ¿No corre usted peligro?

—¿Qué notable es usted, barón!— exclamó el príncipe sonriendo.

—No, no soy notable. Tengo mis temores. Hace un mes nuestros amigos que están en América me notificaron que salía un hombre de allí para aquí con interesantes papeles sobre el movimiento de la flota yanki, y le mandé llamar á usted. Era necesario que nosotros supiéramos el contenido de esos documentos.

Y lo hemos sabido—replicó el príncipe—. Teníamos que saberlo.

—Usted la descubrió—dijo el embajador japonés—é hizo usted bien; pero en este país hay cosas que no se pueden hacer; el lazo y el puñal no se manejan aquí. La civilización ha dado un gran valor á la vida del hombre.

—Ya lo sé, ya lo sé—repitió el príncipe dando un suspiro demasiado bien.

—¿Cómo demasiado bien? mi querido Maiyo.

—Amigo mío, más vale que no pregunte usted ciertas cosas.

—Bajo este techo—continuó el barón—todo es sagrado; pero en las calles y plazas, me parece que ni aun el primo del Emperador sagrado del Japón está en seguro.

El príncipe se encogió de hombros, como aquel acostumbrado á tomar las cosas más serias con indiferencia.

—Yo también—dijo Maiyo—he pensado todo eso y lo he pensado bien. Lo que he hecho, bien hecho está, y si lo he de pagar lo pagaré; pero he de decirle, barón, yo se lo prometo, que he de llevar á cabo mi obra.

Una vez hecha, ¿qué me importa lo demás? Usted, como yo, sabe que esta es una nación de tenderos egoístas, enamorados de la vida. A estos les puede importar todo eso. ¿Qué es una semana, un año, diez, ni veinte? Si morimos mañana por el bien y la gloria de nuestra patria ¿no nos diremos que hemos cumplido con nuestro deber?

El barón se puso de pie, saludó con reverencia, y exclamó:

—Príncipe, sus palabras me han transportado á nuestra querida patria. Estos países occidentales se hunden, desaparecen. A medida que nosotros surgimos ellos se acaban. El sol sale por Oriente.

El príncipe se levantó también. Un criado entró con el sombrero, los guantes y el bastón.

Maiyo estrechó la mano del Embajador, y dijo sonriente:

—¡Por Oriente!

—¡Por Oriente!, fué la contestación del barón.

El príncipe despidió su carruaje, y se dirigió hacia su casa á pie. Andaba alegre, con la sonrisa pintada en su cara; parecía un simple transeúnte, que se fijaba con atención en todo y en todos. Nadie hubiera creído que era un hombre que tenía la vida en peligro.

Al llegar á la esquina de Regent Street y Pall Mall, se encontró con el inspector Jacks.

—Dichosos los ojos—dijo el príncipe, alargándole la mano—. Ya estaba pensando si me tendría que ir de aquí sin decirle á usted adiós.

El inspector hizo un gesto de sorpresa.

—¿Cómo?—exclamó—¿se va usted? ¿Cuándo?

—El día fijo no lo sé; pero sí es



cierto que me voy á mi país. Ya ve usted. He terminado de hacer lo que aquí me traía, y como no tengo nada que me detenga, regreso á mi patria. Y qué tal, ¿ha descubierto algo de aquello?

—Aún no—contestó el policía sacudiendo la cabeza.

—¿Aún no?—repitió el príncipe—. Qué desgraciado está usted.

—Me parece—replicó el policía—que le parecemos á usted muy tontos y muy torpes. Es probable que lo seamos. Algunas veces tardamos mucho en dar en el clavo; pero al fin y al cabo, damos en él, señor príncipe.

—Mucho me alegraría, por usted, que antes de irme de Inglaterra, hubiese usted descubierto todo. Siempre me ha sido usted muy simpático y le deseo el triunfo muy de veras.

—Si no aclaro este asunto antes de que usted se vaya, me parece que con dificultad lo aclararé después.

Siguieron andando juntos; la tarde era hermosa y todo Londres se había echado á la calle.

No habían andado doscientos metros, cuando se encontraron con Somerfield, que caminaba en sentido contrario.

El joven saludó con cierta sequedad; pero el príncipe le llamó, y con gran amabilidad le preguntó:

—Sir Charles, ¿espero que tendrá el gusto de verle en Devenham?

—No es seguro—contestó el otro—. Estoy invitado, pero no sé si podré aceptar, porque hace tiempo prometí ir á Escocia á pescar salmones á un coto que lo tenemos arrendado entre amigos.

—Lo sentiré mucho, y espero que Mis Morse le haga á usted cambiar de modo de pensar. Además sentiré doblemente su ausencia, porque muy pronto me voy, y temo no volver á verle.

Sin poder contener su satisfacción el joven, preguntó gozoso:

—¿Pero de veras se va usted?—De veras y muy pronto.

—Pero por poco tiempo, supongo—dijo Somerfield.

—Por el contrario, creo que ya no volveré por aquí. Me parece que una vez en el Japón, no será fácil sacarme de allí. Ya he terminado de hacer todo lo que aquí me entretenía.

Somerfield le miró como quien mira una cosa rara, como quien tiene frente á frente un problema de difícil solución. Al cabo de unos momentos, en que demostraba casi espanto por lo que acaba de oír, exclamó:

—Me dispensará usted, príncipe, que le hable tan claro. Pero ¿es posible que después de haber vivido tanto tiempo aquí en Inglaterra vaya usted á meterse para siempre en el Japón?

El príncipe fué el que se asombró entonces. Rió, sin embargo de la exclamación de Sir Charles, y replicó en tono festivo:

—Mi querido amigo. No olvidaré lo que le acabo de oír. De todos los ingleses que he encontrado, usted es el más inglés de todos. Cuando allá en mi tierra me acuerde de este gran país, como lo hará á menudo, y de sus hijos, siempre se me representará usted como el prototipo de su raza.

El príncipe se despidió de su compañero, que quedó dando vueltas por Pall Mall, un poco asombrado de lo que acababa de oír.

El japonés hizo señas á un auto de alquiler, é indicó al conductor que le llevara á casa del duque de Devenham.

En los salones de la elegante mansión, había muy poca gente. Lady Grace, en el momento que entraba el príncipe se despedía de algunas visitas. Se acercó á él, y le saludó con cariño.

—¿Está usted sola?—preguntó el príncipe.

—Mamá ha salido para ir á inaugurar un bazar de caridad; pero no tardará en volver. Mientras tanto, tomará usted una taza de té.

COSAS RARAS Y NUEVAS

El adjunto grabado representa un original automóvil construido en In-



**AUTOMOVIL
LOHENGRI**

glaterra y destinado á un caprichoso señor que vive en la India. Como puede verse, es un monumental cisne, que, en lugar de estar destinado á llevar en su lomo al mitológico héroe alemán, paseará por las calles y alrededores de Calcutta á un rico y caprichoso señor y á su familia.

El cisne automóvil tiene la facultad de producir un sonido raro parecido á un fuerte siseo, que no tiene nada de agradable, y que es producido apretando un pedal, que abre una válvula de aire comprimido.

Los indígenas del Indostán van á tener una desagradable sorpresa, cuando vean al monstruo recorrer veloz, dando resoplidos, las exuberantes campiñas tropicales.

Lo más exquisito de la moda, lo más elegante y no sabemos si lo más ó menos raro de todo, es el almuerzo en el mar; pero no en una lancha, en un vapor ó sentados en la orilla, sino metiditos los bañistas en el agua.

Ya han empezado en alguna que otra playa de los alrededores de Nueva York con la moda del almuerzo acuático, y en las otras de América se empieza á generalizar.

Ya lo saben nuestros bañistas para este verano.

El doctor Alexif Carrei, joven científico francés, acaba de demostrar que el corazón puede vivir y desarrollarse separado del cuerpo.

Sus más recientes experimentos fueron hechos con corazones de gallina, y en uno de los casos logró mantener un corazón vivo y palpitante durante más de tres meses.

Algo parecido á eso sabíamos hace tiempo en España, pues, aparte del corazón de Santa Teresa, que dicen se conserva tan sano y tan bueno, también hemos oído decir de muchas personas que no tienen corazón, otras que su corazón lo tenía fulanita ó fulanita.

De robos de corazones, estamos

cansados de oír y aun de ver á los ladrones, y no es de suponer que esos corazoncitos se los hayan dado al gato en lugar de cordilla, y si se han corrompido los guarden putrefactos y llenos de gusanos.

Además, el gran Gustavo Adolfo, el poeta de las rimas, ya nos dijo, hablando de una de ellas aquello de que el corazón:

"Lo tendrás en la mano, en cual-
[quier sitio,
pero en el pecho, no."

La mejor manera de probar la temperatura á que debe estar el baño de los niños, es metiendo el codo en el agua. Si es demasiado caliente enfríese, y viceversa, hasta que la temperatura no moleste al codo.



**EL
OPTOFONO**

Curiosísima ha sido la reciente invención del optofono, nobilísimo instrumento que sirve para "oír" la luz.

El aparato ha sido inventado por el señor Fournier d'Albe, profesor de Física de la Universidad de Birmingham.

El principio fundamental del aparato consiste en enviar un rayo de luz á una celda ó cajita que contiene selenio, á la que va unida una batería eléctrica que pone en movimiento un indicador sensibilizado, y este movimiento produce un sonido por medio de un aparato telefónico.

De esta manera, un ciego puede distinguir las diferentes clases de luces por medio del sonido. La luz del sol produce un sonido que tiene algo de rugido, mientras que la de la luna da tonos mucho más suaves.

Nuestra fotografía reproduce á un ciego oyendo la luz de un fósforo, y

ha sido tomada en un Hospital de ciegos en South Kensington.

El inventor del curioso aparato se ve á la izquierda del grupo; lleva lentes, y tiene la mano apoyada en un estuche.

Una de las minas de carbón de piedra más interesante que existe está en el Japón en un islote pequeñísimo, cerca de Nagasaki.

Es tan pequeña que sólo hay el terreno estrictamente necesario para la maquinaria, y para colocarla ha habido que hacer prodigios, utilizando todo terreno. Sin embargo, la mina es inmensa pues se extiende considerablemente debajo del mar.

Como todo es relativo, calígrafo podemos llamar á Dick, perro de lanas que sabe escribir, porque aunque las letras que traza no sean de lo más perfecto como modelo de bastardilla, inglesa ó redondilla, es el mejor escritor canino que existe.

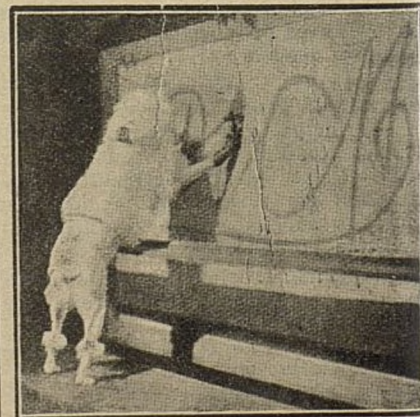
Es más: el perro Dick, que ahora se exhibe en el Hipódromo de Londres, escribe con pluma y tinta y lo hace con la misma perfección con cualquiera de las patas delanteras.

Aún hay más: es, si no un matemático, por lo menos un aritmético, pues suma con rara perfección y escribe las cifras de la suma.

El simpático Dick lee, escribe y cuenta, lo que no pueden hacer doce millones de españoles.

Otra propiedad del perrito es que distingue de colores.

Claro que no distingue un azul eléctrico de un azul gendarme, pero el blanco, el rojo, el amarillo, los dis-



tingue mejor que cualquiera que padezca de daltonismo.